

Los objetos en varios cuentos de Humberto Salvador

JUAN SECAIRA

RESUMEN

El autor revisa *La navaja y otros cuentos*, de Humberto Salvador. Son narraciones cortas de temática urbana, que critican las desigualdades y la deshumanización de la sociedad modernizada. Objetos diversos (navajas, linternas, autos, etc.) funcionan, metafóricamente, en oposición a esa deshumanización y el aislamiento, generándose con la violencia al menos un vínculo entre los seres humanos. Las relaciones entre las clases sociales altas y los individuos marginales –cuyas posibilidades de resistencia individual o de venganza recaen siempre en el azar–, resultan sombrías. Relatos altamente connotativos, de finales abiertos y cargados de sorpresa, mantienen un tono lúdico y esperanzado pese a su carga de denuncia social. El autor presenta a Salvador no solo como un compañero del vanguardista Pablo Palacio, sino como un precursor en el uso de ciertas nociones de la nueva narrativa en el país.

PALABRAS CLAVE: Literatura ecuatoriana, Humberto Salvador, vanguardias, cuentos, objetos.

SUMMARY

The author looks at *La navaja y otros cuentos* by Humberto Salvador, a collection of urban short stories which critique inequalities and the dehumanizing effect of modern society. Diverse objects are used metaphorically (razors, flashlights, cars, etc.), against the alluded dehumanization and isolation, generating at least one bond between humans: violence. The relationships between the privilege social classes and marginal individuals –whose possibilities for resistance or revenge are always left to chance–, are gloomy. These are highly connotative stories, full of surprise and open endings, which maintain a hopeful and lucid tone despite the weight of social criticism. The author depicts Salvador as not only an associate of vanguardist Pablo Palacio, but also as the forerunner of the usage of certain ideas in the nation's new fiction.

KEY WORDS: Ecuadorian Literature, Humberto Salvador, vanguards, stories, objects.

HUMBERTO SALVADOR ABORDA la creación de sus cuentos desde una perspectiva urbana, es decir, en ellos la ciudad es un componente central y determinante. En ese espacio escogido por el narrador existen varios elementos u objetos cuya presencia evidencia el despotismo que la clase dominante ejerce contra los más débiles; estos últimos son los protagonistas de los cuentos.

Así, los automóviles, los puñales y los relojes funcionan como catalizadores de la angustia humana y simbolizan, entendido este término como la representación del objeto con relación a uno mayor e intangible, el sufrimiento de los protagonistas de los relatos.

Antes de emprender el análisis es pertinente manifestar dos características de la obra cuentística de Salvador.

La primera es que la configuración de sus relatos tiene dos estilos definidos: en el uno se aproxima a la cotidianidad, a la anécdota citadina, como en el caso de los cuentos «La navaja», «Mama Rosa», «A la hora del té» y «Sandwich».¹ Y en el otro, Salvador formula su discurso emulando la forma de los tratados o documentos científicos. Esto es evidente en «Cuento ilógico» y en «Las linternas de los autos».

La segunda característica es que en los cuentos de Salvador hay una marcada crítica a la sociedad de la época en la que le tocó vivir; en ese sentido ubica unas constantes en sus relatos, unos objetos a los que otorga vida y por medio de ellos analiza la cotidianidad en la ciudad de Quito.

Esos elementos son los puñales, los relojes y los automóviles, los cuales no irrumpen repetidamente en los relatos por error o distracción del autor, más bien se ajustan a la visión del mundo narrado, a la ideología propuesta, convirtiéndose en un refuerzo para enfatizar los temas de cada cuento. Los motivos son básicamente el desamor, la pobreza, la lucha por sobrevivir y la diferencia entre pobres y ricos. En realidad, en los cuentos los personajes usan navajas, cuchillos y puñales; no obstante, he escogido este último término para englobar en él a todos, especialmente cuando menciono a los objetos de este estudio de manera general.

En donde los elementos u objetos tienen más presencia es en el cuento «Las linternas de los autos».² En él la primera parte es totalmente descriptiva, el narrador enumera las características de las linternas para, a renglón

1. Cfr., Humberto Salvador, *La navaja y otros cuentos*, Quito, Libresa, 1994.

2. H. Salvador, «Las linternas de los autos», en *La navaja y otros cuentos*, p. 18.

seguido, describir a la noche, donde cobra vida la luz artificial y observa a los personajes que deambulan por ella: a las parejas de amantes, a las prostitutas, a los rateros o a quienes han sido engañados y buscan salvar su honor.

En medio de ese caos se desenvuelven las linternas que, en resumidas cuentas, «son los testigos mudos de esos pecados que pueden arrojar a una familia burguesa de bruces contra el pavimento».³ Pero también se las describe como locas desenfadadas y románticas.

Posteriormente, el narrador se da tiempo para destacar las cualidades de la luz que se encuentra en la cubierta interior de los automóviles; la llama la señorita de la casa, comprensiva y discreta, pues es testigo directo de los vaivenes y dramas que suceden dentro de los autos.

El narrador afirma que la diminuta linterna interior es «como esas chicas de alta sociedad, que desde muy pequeñas vieron ocultarse tras los biombo de los salones raras perversidades y que prematuramente comprendieron los tremendos secretos de su familia».⁴ Luego, el narrador asegura que si la luz pudiera hablar nos relataría novelas mínimas, comedias sintetizadas y tragedias comprimidas. Y es precisamente lo que hace, contarnos esos tres relatos, en los que las linternas cobran importancia como testigos de una infidelidad, una venganza y el asesinato de un bebé no deseado.

En el mencionado relato los automóviles también tienen un papel protagónico; las máquinas son el reflejo de la agresividad de los burgueses en contra de los más humildes. En ese sentido, el narrador sintetiza la función de la máquina rodante en la cuentística de Salvador cuando apunta que el auto «es un escenario móvil que siendo por sí mismo proletario, esclaviza por las circunstancias, simboliza la estupidez de la burguesía».⁵

Y esa idea es la que ronda, en ocasiones sutilmente, en otras directamente, en los cuentos de Salvador y se concatena con los motivos, que ya hemos detallado.

Veamos ahora cómo funcionan las armas blancas en la configuración de algunos cuentos; su presencia es redonda en el reconocido relato «La navaja».⁶ Cabe anotar que en medio del abandono en el que se desenvuelven los personajes, los puñales y navajas no son un simple instrumento de muer-

3. *Ibíd.*, p. 21.

4. *Ibíd.*, p. 23.

5. *Ibíd.*, p. 20.

6. H. Salvador, «La navaja», en *La navaja y otros cuentos*, p. 3.

te; al contrario, se convierten en liberalizadores del carácter de los personajes y de su estado de ánimo. En esa línea, el narrador ubica a lo largo de los relatos a los puñales, cuchillos y navajas como objetos mortíferos, pero además metaforiza valiéndose de estos elementos.

Así, el ambiente y el contexto de los relatos cobran una fuerza trágica extrema y hunden, tal cual una navaja lo haría, en la desolación a los actores, víctimas inconsolables de hechos cotidianos y, de cierta manera, comunes y corrientes.

En el cuento «La navaja», la manipulación de este instrumento sirve para constatar el estado de ánimo del operario; cuando empieza su relato: «Brilla en sus manos la navaja». ⁷ Posteriormente, cuando nos enteramos de la tragedia que le ha acontecido: «La navaja tiembla en sus manos». ⁸

El hombre al que el barbero afeita dice: «... siento a la navaja temblar sobre mi cuello». ⁹ En el clímax del relato, cuando el operario está al borde de un ataque de histeria, el hombre afeitado asegura nervioso: «Tiembla sobre mis labios la navaja». ¹⁰

Además, el barbero despotrica contra los ricos de la ciudad, la gente pudiente y amenaza: «A esos usureros que nos han robado, les vamos a cortar el pescuezo, ¡así!». ¹¹ Como se ve, el barbero trasluce sus cambios de carácter basándose en el uso de su herramienta de trabajo, que le ha acompañado y que es su aliada en los momentos de tragedia y tristeza. En este cuento, el antagonista de la navaja es el automóvil que ha atropellado al hombre y le ha tenido postrado por mucho tiempo.

Para proseguir con el análisis de las armas blancas, en el cuento «Gloria», ¹² el centro del relato es el conflicto entre una pareja de enamorados, un artista y una muchacha. Él se queja: «la tortura creadora, es un puñal que destroza su cerebro con refinamiento cruel». ¹³ Aquí el puñal se utiliza para dar la idea de sufrimiento y exterminio. Cosa parecida sucede en «A la hora del té», ¹⁴ donde el narrador manifiesta: «vagabundo tendría la visión

7. *Ibíd.*, p. 4.

8. *Ibíd.*, p. 5.

9. *Ibíd.*, p. 5.

10. *Ibíd.*, p. 8.

11. *Ibíd.*, p. 9.

12. H. Salvador, «Gloria», en *La navaja y otros cuentos*, p. 32.

13. *Ibíd.*, p. 35.

14. H. Salvador, «A la hora del té», en *La navaja y otros cuentos*, p. 69.

arbitraria de una navaja de afeitar introducida casualmente en el lecho de dos amantes que acaban de casarse».¹⁵

Asimismo, para el vagabundo protagonista de «A la hora del té» los ojos se asemejan a unas puñaladas morenas que desgarran el cuerpo hambriento. Si en «La navaja» el instrumento funcionaba como un liberador de la frustración del protagonista, en «A la hora del té» los puñales son elementos que reflejan sentimientos de venganza, de soledad y de falta de alimento del personaje principal. En ambos cuentos el discurso es intenso, debido a la tragedia de los protagonistas, que lejos de huir de ella o aceptarla, luchan por superarla.

Claramente las armas blancas simbolizan el destino trágico y la imposibilidad de adecuarse a un entorno totalmente desfavorable, como explica el sugerente narrador de «Cuento ilógico»,¹⁶ «porque el mundo exterior es un apache que me asalta con el racimo de cuchillos de la realidad».¹⁷ También el puñal, símbolo de la muerte y de la inconformidad de los personajes angustiados y marcados por un destino adverso, cobra un valor de salvación. Los personajes obsesionados por la posesión de sus parejas, o por las manos de sus mujeres, matan con un puñal y a la vez dan vida a su obsesión.

Entonces el arma blanca no solamente es una herramienta de muerte, sino también de liberación, de creación de un nuevo estado emocional por senderos prohibidos, en contraposición con la percepción de las normas establecidas, que únicamente han producido dolor en los personajes.

Así, un personaje de «Cuento ilógico» apunta: «El amor sería una navaja bronca. La muerte fuera coger el lápiz de labios de un puñal para crear en la carne otra boca».¹⁸ El amor es una navaja bronca, pues es doloroso y caótico, y el puñal sirve para crear otra boca, otro camino, que no tiene nada que ver con las reglas imperantes.

En ese ambiente sórdido, indiferente, impasible en el que viven los personajes de estos relatos, las cosas cobran vida para contrarrestar la deshumanización de los individuos. Los personajes no se relacionan entre sí, no hay un grado alto de comunicación; al contrario, el único vínculo posible es la violencia, el caos confrontacional, con una agresividad también manifestada en los

15. *Ibid.*, p. 72.

16. H. Salvador, «Cuento ilógico», en *La navaja y otros cuentos*, p. 120.

17. *Ibid.*, p. 123.

18. *Ibid.*, p. 132.

silencios, en las medias verdades, las apariencias y la tradición. Y es en estas instancias en las que se insertan los objetos, como símbolos del *statu quo*.

En ese marco, no extraña que el autor haya escogido los puñales, navajas y cuchillos para representar la muerte; no hay armas que aproximen más a víctima y victimario, y que, sin embargo, la aniquilen de un solo tajo. Es esa contradicción la que reflota en la lectura de la obra de Salvador; contradicción y falsedad social.

En cambio, los relojes dan la idea del hastío y aburrimiento en el que se encuentran los personajes, especialmente los burgueses. Continuamente se los nombra, cobran vida, e incluso se rebelan a la condicionante obsesiva del tiempo. Así, en «La navaja» se afirma que el reloj suena cansado; justamente a tono con la condición del protagonista, el barbero sumido en su propio dolor. En el cuento «Malabares»¹⁹ se dice que los relojes de pulsera son picarescos, juguetones, en suma, desobedientes.

Y el narrador de «La navaja» añade: «Los relojes modernos se adelantan con facilidad, porque también ellos comprenden a las doctrinas de vanguardia: No se resignan a la vulgaridad de ser exactos. Tienen terror de que la incompreensión humana pueda llamarles burgueses».²⁰

Nuevamente se ataca a la burguesía, entendida como la gente rica y vacía; idea que se despliega en todos los cuentos, y se va construyendo un mapa de la ciudad mediante las carencias de los personajes; de todos, pues si bien es cierto que los burgueses tienen la propiedad de los objetos, en cambio muestran fisuras en sus valores y en su comportamiento. Sufren de una soledad distinta, enmarcada en la vacuidad de la ostentación.

El hombre debe alejarse de la exactitud, de la rutina, de la angustia del paso de las horas: «Las doce. Las seis. Cuchillos contradictorios que se clavan en la carne».²¹ Y ser capaz de rebelarse, de trascender esa vida monótona y observar que los revolucionarios rojos son los relojes adelantados, como sostiene el narrador, convencido de un cambio, el cual, en esos términos ideales, jamás se materializó en la realidad.

El narrador propone al lector desechar la rutina de la vida burguesa al pedirle que huya de la belleza de los relojes inexactos para que invierta la percepción del tiempo.

19. H. Salvador, «Malabares», en *La navaja y otros cuentos*, p. 104.

20. H. Salvador, «La navaja», en *La navaja y otros cuentos*, p. 7.

21. H. Salvador, «Malabares», en *La navaja y otros cuentos*, p. 105.

La lucha entre el tiempo y el destino se patentiza en la relación entre el hombre y el reloj, elemento que posee su propia suerte: «También los relojes tienen corazón. Un diminuto corazón en el que está estilizado el tiempo. El corazón de los relojes crucifica al hombre». ²² El tiempo acorrala a los personajes, quienes incapaces de huir buscan una salida en factores externos, como las armas blancas, los relojes y los automóviles.

Ya hemos visto la forma en la que están descritos los puñales, navajas, cuchillos y los relojes en varios relatos; ahora es el turno de especificar la actuación de los automóviles. Ya al hablar de «La navaja» y «Las linternas de los autos» hemos dicho que son un instrumento típico de la burguesía. Entonces en los cuentos, el automóvil significa poder y peligro para los pobres. Su presencia estorba y otorga prestancia y estatus a los burócratas y burgueses de la ciudad.

En el relato «La navaja» un automóvil atropella al operario de una barbería, mientras el hombre presencia un espectáculo popular:

- ... Sentí algo espantoso... Después, no me acuerdo de nada.
- ¿Le atropelló el auto...?
- Sí, contesta con voz trágica, ¡el auto de un rico!²³

Los automóviles embisten a los individuos; son transportes de muerte y de peligro. En esa línea el personaje de «Cuento ilógico», que ha salido a la calle a meditar y crear un relato subjetivo, debe eludir a los carros: «Es el auto una amenaza de hospital. Tengo que forzar una pirueta equilibrista, para que él huya de mí sin destrozarme». ²⁴ Y el protagonista de «A la hora del té», corre con igual suerte: «Atravesó el parque vagabundo: hacia él vino un auto, amenazándole con clavarle definitivamente en la tierra, su cama». ²⁵

Carne y movimiento se conjugan en la existencia de los burgueses y burócratas, sumidos en una rutina que les atosiga y despersonaliza. Por ello, se cede el protagonismo a los entes inertes. Como ya he explicado, los autos están vivos, los burgueses no, pues el narrador da relieve al objeto y no al sujeto, que luce desmantelado y averiado, para usar conceptos automotrices.

22. *Ibíd.*, p. 108.

23. H. Salvador, «La navaja», en *La navaja y otros cuentos*, p. 5.

24. H. Salvador, «Cuento ilógico», en *La navaja y otros cuentos*, p. 123.

25. H. Salvador, «A la hora del té», en *La navaja y otros cuentos*, p. 70.

Los autos significan una condición económica estable y una posición social alta. Los burgueses hacen gala de su posesión, sin que les importe atropellar o agredir a los pobres transeúntes, y, si esto ocurre, escapan o se sirven de sus influencias para no responsabilizarse de los accidentados.

Hasta aquí un somero recuento de la simbolización de la que se sirve Humberto Salvador para ejecutar su narrativa y lograr su propósito; cuestionar a su realidad desde un cariz literario. Y para que se entienda mejor ese propósito, es necesario determinar que Salvador realiza la crítica a su tiempo desde una lógica lúdica; en sus relatos hay un desencanto irónico, legitimado por el valor de la anécdota, del suceso individual que enfrentan los protagonistas.

Los objetos anotados reiteradamente en este ensayo cobran vida en las noches; son ellas las que complementan su valor de símbolos de una clase opresora e insensible. Obedecen a un juego de significados recurrentes y diversos; así a la noche se le otorgan características de luminosidad, por ejemplo. Todo para recalcar la desigualdad de la sociedad, cuestión claramente patente en «Cuento ilógico».

Y las armas blancas «cortan» la relación entre los protagonistas y los antagonistas, escindidos debido a sus diferencias. Por ello la familia es constantemente nombrada, con marcadas diferencias entre los bandos en disputa.

Además de que el narrador se sirve de los elementos ya subrayados para describir determinados comportamientos, también en un instante clave los subvierte y demuestra así su posición de artista. Esto ocurre cuando el proletario ve en el espacio físico de los autos otras cualidades que le pueden servir para su supervivencia. El vagabundo de «A la hora del té» descubre usos menos peligrosos para la máquina rodante:

¡Si por lo menos pudiera aprovechar de un auto ajeno para dormir! Sería una alcoba ultramoderna. A través de sus cristales se vería a la noche como una pantalla de bruma, que escondiera una mujer imprecisa, con ojos de vampiresa y formas giratorias. Su talle, motor para el escalofrío del vértigo.²⁶

El mismo vagabundo lucubra e imagina un mundo sin reglas, ni prejuicios donde estén «Los puñales en manos de los niños, para que jueguen con ellos malabares».²⁷

26. *Ibíd.*, pp. 70-71.

27. *Ibíd.*, p. 71.

Así, el personaje de «A la hora del té» consigue apropiarse de la máquina y darle un uso más prudencial e inofensivo. Y con esa marca también distingue el objetivo discursivo del autor de los relatos: criticar pero también transformar y subvertir el orden establecido.

Y en relación al tiempo, éste también es susceptible a transformarse, a desoír al sentido común y marchar por su cuenta, en un momento de genuina revolución lúdica.

Ahora bien, después de observar cómo se presentan los objetos en algunos de los cuentos de Salvador y determinar la función que cumplen, que se resume en ser el punto de inflexión que separa a los protagonistas de los antagonistas, en un juego de pares distintos que se extiende por toda la narración: el día y la noche; los pobres y los ricos; la alta sociedad y los marginales (vagabundos, prostitutas, artistas); los automóviles y la gente de a pie; los relojes frente al tiempo aplastante (situación que tan bien se ve en el cuento «Malabares»), y la navaja y los puñales como la frontera que une o separa a esa realidad que envuelve a la ciudad en un gran juego de contradicciones y vaivenes, en ocasiones trágicos, en otras cómicos, o en una mezcla de ambos. Vamos ahora a señalar el contexto en el cual los referidos instrumentos cobran vida, es decir, el espacio en donde funcionan y catalizan las emociones de los personajes o directamente del narrador. Dicho espacio cobra importancia para entender el alcance de los objetos y lo que pretenden simbolizar.

El espacio en el cual se desarrollan las acciones es envolvente, todas comienzan como una anécdota, con diversos grados de intensidad, y sus finales sorprenden por los recursos que usa el narrador: en ocasiones se conforma con un desenlace que fortalece el discurso y no las acciones, y en otras es al revés; se otorga relevancia a la ciudad, a un Quito que empieza a ser caótico, más que nada por las historias que se ocultan detrás de las buenas costumbres y del formalismo tan propio de la época.

Por eso se entiende que el espacio en los cuentos de Humberto Salvador sea estrecho, pequeño y frío. Definitivamente es un hábitat hostil y fúnebre. El cuento «La navaja» se desarrolla en una peluquería de la Plaza del Teatro; un lugar frío e impersonal. Y, según el narrador, en las calles de la muy noble y romántica ciudad de San Francisco de Quito. A estos lugares se contraponen la referencia al automóvil del millonario: espacioso y lujoso.

Los relatos «Sandwich»²⁸ y «A la hora del té» comparten similitudes en la descripción de espacios. En ambos la acción se desarrolla en el parque, se vuelve a nombrar a los autos, amenazadoras herramientas de los burgueses. En «Sandwich», se afirma que Quito es una ciudad abandonada entre los Andes; el espacio luce comprimido y recio. Además, en los dos relatos la capital es el lugar de poder y fracaso, dependiendo de la situación social del individuo. Los vagabundos de los dos cuentos sufren las inclemencias del clima y la pasividad de los habitantes ciudadanos. A nadie le importa la suerte de estos seres.

En «Malabares», el espacio se vislumbra todavía más limitado. El burócrata, frente a su escritorio, indiferente al pasar de las horas, sueña con varias estrellas del séptimo arte. Se hace referencia a la pantalla de cine, a Hollywood. Otra vez aparecen los automóviles, que sirven a los ricos para conquistar a las mujeres bonitas.

En «Cuento ilógico», un hombre pasea por las calles de la ciudad mientras crea su cuento. Los autos vuelven a amenazar a los personajes de estos relatos. En el cuento que crea el protagonista, los espacios también son oscuros. La cantina, la casa y el auto son ejemplos de ello.

La sociedad industrializada produce una suerte de repetición de las acciones, en las que están inmersos, quiéranlo o no, los individuos. Entonces lo que se repite son los hechos que conforman la sociedad opresiva. Y en ese ámbito los objetos funcionan como símbolos de violencia y agresividad. Mas, como ya he subrayado anteriormente, los personajes no se conforman con el estado de las cosas y buscan subvertirlo, desde muchas aristas; siempre partiendo de la profunda soledad que les aqueja. En ese sentido, los protagonistas de los relatos se contraponen a la idea del héroe que determinaba la moda de la época; en estos cuentos de Salvador no existe el héroe épico que representa a una clase y la salva o lucha por hacerlo. En los cuentos predomina el azar, que ocasiona que los personajes se vean envueltos en situaciones cotidianas y de ellas se desprenda algo más grande.

Por ello, los personajes de los relatos surgen individualizados, física y psicológicamente, máxime si luchan contra la cárcel de la rutina, muchas veces esclavizante y alienante. En esa línea se entiende, por ejemplo, el uso de los relojes.

28. H. Salvador, «Sandwich», en *La navaja y otros cuentos*, p. 50.

Además, los personajes son víctimas de las circunstancias en las que se desarrolla su existencia. Se obligan a hacer algo para salir de ese estado calamitoso, de ahí surge el dramatismo que surca los relatos. Dramatismo que está representado en gran medida por la presencia de los automóviles y de las armas blancas, pero también de la violenta pasividad que recorre las historias, sumidas en el silencio y en el doble sentido; al respecto son reveladores los diálogos que se entablan en «A la hora del té» y en «Sandwich».

Dramatismo que enfatiza la característica predominante de los personajes protagonistas: ubicarse en la periferia de la sociedad, relegados y sin poder adecuarse a la 'normalidad'. Sienten hambre, añoran el amor, se obsesionan, sueñan y buscan una salida ante un universo que no entienden ni los entiende.

Varios personajes no trabajan, aunque quieran no consiguen un empleo. En los relatos se presenta la mecanización y deshumanización del trabajo, realizado en serie y donde el hombre vale menos que una tuerca. Por ejemplo, el narrador de «Gloria», apunta: «Jorge comprendía lo que pasaba en el alma de ella y buscaba trabajo lleno de angustia. Pero donde hay pocos medios de vida y muchos hombres ansiosos de pan, el trabajo es difícil de encontrar».²⁹

Y en el cuento «A la hora del té» se dice:

Las máquinas son también grises y duras. Se suavizan con el sudor del obrero. Caen las gotas de sudor espesas, tibias, entrañables, como pedazos de carne arrancados sádicamente del corazón. A muchos divierte ver estos jirones humanos girando vertiginosos entre las ruedas. Quisieran algunos que el obrero se alimentara de una pequeña cantidad de aceite. Mecanizarlo. Que surja poderosa en su cerebro la idea de que no es hombre.³⁰

Este ya es el punto máximo de la contraposición entre los objetos y la existencia de los personajes principales. Luego de agredirlos con los automóviles y de fijarlos a la realidad mediante los condicionamientos sociales (una muestra clara de este punto se da en la confrontación que sucede en el cuento «A la hora del té»), es el turno de mecanizar a las personas para que se

29. H. Salvador, «Gloria», en *La navaja y otros cuentos*, p. 38.

30. H. Salvador, «A la hora del té», en *La navaja y otros cuentos*, p. 77.

adaptan a la sociedad moderna: pasiva, violenta como las ruedas de un automóvil y fría como el filo de una navaja.

Ya hemos analizado cómo los personajes se ven inmersos en un universo de pequeñeces y miserias humanas, extremando la cotidianidad de las acciones, que de tan repetidas han dejado de sorprender, pese a su crudeza. Un hecho, en apariencia fortuito, rompe la vida normal de los protagonistas de cada uno de los cuentos y los envuelve en un mar de inquietudes y obsesiones. Así, el operario de «La navaja» está al borde de un colapso nervioso, quiere vengarse de su verdugo pero no puede y le queda únicamente el desahogo de exteriorizar su angustia. En «El amante de las manos»,³¹ un hombre, por una experiencia infantil, se obsesiona con las manos de las mujeres, y las describe largamente. Así, las manos, desprendidas del cuerpo, se convierten en una fijación que lleva al protagonista a confines trágicos. Y las manos son el otro objeto permanente en los cuentos; su presencia surge casi imperceptiblemente, en momentos precisos y, de alguna forma, son el contraste ante los objetos preferidos por el poder. Y el juego se manifiesta contraponiendo dos visiones acerca de la realidad y su entendimiento; recordemos que el narrador se dirige al lector y le comunica que está escribiendo los relatos, es decir, las manos son objetos de veneración y de creación.

Por otra parte, la pasión, marcada por el despecho y la frustración, se plasma en «Gloria», donde la impotencia del artista ante la sociedad consumista produce que él destruya su destino. Él ha creado su más espléndida obra con sus manos y con ellas la ha destrozado, en un terrible juego de pasiones guiadas por la impotencia y el amor no correspondido.

El ser humano, indefenso ante el paso del tiempo, es un mero espectador de la metamorfosis de su cuerpo y de su espíritu. Esa situación experimenta «Mama Rosa»,³² quien se niega a dejarse vencer por el devenir de la existencia.

Paralelamente, el hambre, en su más cruda representación, se desarrolla en «A la hora del té» y «Sandwich». En ambos, los vagabundos divagan, alucinan y sueñan mientras la falta de amor y comida los va consumiendo lentamente.

31. H. Salvador, «El amante de las manos», en *La navaja y otros cuentos*, p. 11.

32. H. Salvador, «Mama Rosa», en *La navaja y otros cuentos*, p. 40.

La experiencia de evadir la realidad mediante el arte se refleja en «Malabares» y «Cuento ilógico», en este último, el narrador da varias pautas para comprender mejor los relatos. La subjetividad, la frágil línea entre la realidad y la ficción, la espiral de la vida, el rescate del azar y de lo ilógico como respuesta a la supuesta linealidad y objetividad predominantes.

Asimismo, la venganza, la frustración, la obsesión, el hambre, el desamor y la defensa de la subjetividad comprenden las grandes preocupaciones de los personajes. La lucha contra el poder establecido se da desde una posición rebelde. La literatura derriba la norma, crea un universo nuevo, un espacio para la subjetividad, para el azar y la coincidencia. Al respecto rescato una opinión del escritor Julián Marías:

Es increíble –y aterrador– el número de cosas importantes que son asuntos de azar. Cuando miramos al pasado, encontramos que esto, y lo otro, y lo de más allá, pudieron no pasar; no hubieran sucedido si no se hubiera dado tal circunstancia enteramente azarosa y trivial, que no pudimos prever, o que parecía tan indiferente que apenas fue objeto de nuestra decisión. Y cuando miramos, tras esa experiencia, al futuro, algo en nosotros se estremece.³³

Si se toma en cuenta la cita anterior, se percibe que los personajes no se estructuran desde un presupuesto político o con la clara intención de ubicar una ideología. Por el contrario, la carga social de la narración se da desde la humanización de los personajes. Se construye un universo mediante el cual se reconoce la esencia de la vida, con todas sus caras: las pasiones, la venganza, los oprobios, la violencia, la desigualdad y la falsedad de las convenciones. Asimismo el poder de la lucha individual, la ilusión por conseguir una mejor existencia, la importancia de la familia y la valentía del diario transcurrir en un ambiente determinado en gran medida por las circunstancias.

Y pese a la crudeza de los símbolos y la tragedia que circunda los relatos, estos tienen mucho de lúdicos y no se limitan a una narración tremendista ni costumbrista. Todo esto debido al estilo que elige el autor para narrar; desde una mirada subjetiva, que le resta importancia al relato, que se cuestiona y se dirige al lector con preguntas o comentarios. En esa línea, los

33. Fernando Alonso, comp., *El cine de Julián Marías*, vol. I, Madrid, Royal Books S. L., 1994, p. 106.

relatos forman una narración contada por alguien que recalca sus limitaciones y da su opinión sobre el cuento, sobre los personajes y la situación de la sociedad retratada en la ficción.

Esta manera de contar se contraponen substancialmente con la narración objetiva que presenta las acciones sin referirse a un sujeto cognoscente y con la intención de mostrar «la realidad». En los relatos de Salvador todo es sugerente y tras el lenguaje presuntamente denotativo se esconden muchos elementos más que la simple ubicación de autos, relojes y objetos cortopunzantes, precisamente eso es lo que he intentado demostrar en este ensayo.

Elementos que también son factibles de disgregar, como la intención de provocar una reacción en el lector, el permanente afán de confrontar a esos objetos con el arte (en varios cuentos se habla del cine, de Charles Chaplin y de varias actrices, y el narrador describe a personajes relacionados con el mundo artístico), con la ciencia, especialmente con las ideas de Freud, y la preferencia por contar sucesos cotidianos, alejándose del tipo de heroicidad evidente en la época; hablamos de la tendencia que marcó el realismo socialista y que no se percibe en los relatos de Salvador.

Cabe advertir que Pablo Palacio también se sirve de varios símbolos que plasma en su obra, y recurre a ellos «para expresar inquietudes subjetivas, individualidades angustiadas, cuya razón de ser se encuentra en la búsqueda».³⁴ La búsqueda de Palacio coincide en ciertos puntos con la intención narrativa de Salvador, pero ambos autores difieren en la manera de presentarla. Mientras Palacio esconde sus símbolos en un ambiente de misterio, Salvador los enseña frontalmente, casi los restringe en la cara del lector; siempre, claro está, con un aire lúdico.

Desde ese punto de vista, los cuentos de Salvador que presentan los objetos ya analizados, y que simbolizan al poder opresivo en contra de los más débiles, se pueden dividir en dos categorías:

1. Los relatos que se cuentan de una manera convencional y en los que el suceso acaecido tiene casi la absoluta relevancia. Hablamos de «La navaja», «A la hora del té», «Mama Rosa» y «Sandwich».
2. Y los que se encuentran redactados de una manera más oscura, con un halo de misterio que se cobija en las descripciones para luego dar paso

34. María del Carmen Fernández, *El realismo abierto de Pablo Palacio en la encrucijada de los 30*, Quito, Libri Mundi, 1991, p. 414.

a la narración de los hechos; es lo que sucede en «Cuento ilógico», «Cocktail»³⁵ y «Las linternas de los autos».

Ese misterio inicial, desprovisto de acciones, finalmente culmina en una narración que repite la intencionalidad reiterada de su autor, quien mediante varios recursos formales deja patentes sus ideas respecto a la existencia en la ciudad de Quito. Allí no hay matices de ninguna índole, los personajes sobreviven a los sucesos y el narrador comunica sus ideas, muchas de ellas alejadas de la historia o subyacentes a ella.

Donde radica la sorpresa es en los finales de los cuentos, la mayoría se muestran inconclusos, abiertos, como lanzados al mundo para que tomen vuelo propio. En esa línea el final de «La navaja» da sentido a todos los demás cuentos; el de «Las linternas de los autos» aborda la fragmentación de la existencia, enfrentada a la «seguridad» de las máquinas (los autos, las linternas). Los finales de «Cocktail» y «Sandwich» golpean al conocer el abismo al que han descendido sus protagonistas. Y en «Sandwich» se lleva al máximo nivel la premisa de que la máquina es más importante que el ser humano, que ha llegado a convertirse en alimento de sus congéneres. «Malabares», en cambio, no tiene final, pues es un relato contemplativo; su protagonista mira al mundo desde la soledad e intenta reconstruirlo. Mientras que «Cuento ilógico» culmina con la presencia, deslumbrante y lúdica, del azar, de la contingencia ante el acto de escribir.

Es en esa atmósfera narrativa en donde tienen presencia los relojes, los autos, las manos y las armas blancas; ahí demuestran su poderío y forman parte de la historia, de la que ya he citado sus características y propósitos. Para contextualizar aún más la estructura de los relatos, hay que señalar dos situaciones que los distinguen y hacen, a mi juicio, de Humberto Salvador un escritor original y digno de leerse.

Lo primero que es necesario puntualizar es el carácter lúdico, un juego serio como diría Mario Vargas Llosa, de los relatos. En ellos no existe la mirada lastimera o condescendiente de los personajes marginales. Hay sí un discurso claramente planteado pero de cierta forma independiente de las acciones.

Y lo segundo es que, pese a que el aparataje físico de la época en la que escribió Salvador es muy diferente al de la actualidad, los conflictos que narra son cercanos a los lectores; en realidad, las disputas se han fraccionado, como

35. H. Salvador, «Cocktail», en *La navaja y otros cuentos*, p. 89.

si el narrador se concentrara en describir una situación lineal, la misma que hoy luce rota y sus pedazos regados por todos lados. En los años que van de 1920 a 1930 el automóvil era una novedad y un símbolo claro de poder; en la actualidad hay mil y un artefactos sofisticados que pueden representar dicho poderío. El tiempo se ha convertido en una preocupación central, y cobra aún más fuerza la idea de los puñales y navajas, no únicamente como símbolos de la violencia sino como imágenes de fraccionamiento, incisión y rompimiento, tan propias de la contemporaneidad.

Y, sin embargo, los relatos de Salvador mantienen un halo de esperanza en la condición humana; el narrador critica a la sociedad pero, al mismo tiempo, cree que podrá cambiar.

María del Carmen Fernández dice: «Salvador ponía así el acento sobre una cuestión que después iban a tratar, de diversos modos, Palacio y Rojas: la posición del intelectual de clase media, entre las masas trabajadoras y la burguesía a la que provocaba, pero a la que aspiraba pertenecer».³⁶

Por eso tiene sentido su discurso a favor de una transformación. Luego, esa esperanza se va diluyendo en la literatura ecuatoriana en general, hasta llegar a la década del 70, en la cual se pierde completamente. Raúl Vallejo, al analizar el cuento ecuatoriano de esa década manifiesta que los habitantes de la ciudad «no solo no tienen absolutos en qué creer sino que carecen de sentimientos solidarios: se han convertido en islas que luchan por su propia sobrevivencia...».³⁷

Y en referencia al papel de los protagonistas de los cuentos aquí analizados, vale citar nuevamente a Raúl Vallejo, quien afirma:

Surge la figura del antihéroe, ese personaje común, de todos los días que nunca consigue triunfar totalmente a pesar de sus luchas. En este punto, por ejemplo, mucho hay de antecedente en la narrativa de Pablo Palacio, básicamente en la ironía de cuentos como «El cuento», o «Señora». Esto permite dejar a un lado el maniqueísmo y, por lo tanto, acercar los personajes a una identidad más humana.³⁸

36. M. del C. Fernández, *El realismo abierto de Pablo Palacio...*, pp. 68-69.

37. Raúl Vallejo, «Petróleo, J. J. y utopías: cuento ecuatoriano de los 70 hasta hoy», en Gabriela Pólit Dueñas, comp., *Crítica literaria ecuatoriana*, Quito, FLACSO, 2001, p. 331.

38. *Ibid.*, p. 335.

Lógicamente que Palacio es el gran referente de los años 30 y 40, pero no hay que olvidarse de Salvador, pues las características que menciona Vallejo también se adecuan a la narrativa del autor de *En la ciudad he perdido una novela*.

He hablado ya de la forma en la que Salvador manipula los objetos para conformar su discurso narrativo; en esa línea, y ya en la literatura contemporánea, por poner un ejemplo pertinente, Leonardo Valencia, en el cuento «La sangre de Kálister», se sirve de una estilográfica para desarrollar una historia de engaños y ambigüedades entre un grupo de amigos, enfrentados a la muerte de uno de ellos y a sus propios miedos. Ese objeto legitima los hechos, los sustenta y los llena de sentidos. Una estilográfica es la que determina las acciones; claro que en un universo más azaroso y oscuro que el de Salvador. Así el narrador del cuento de Valencia afirma:

Volvía el habitual, el sencillo, pesado Kálister que conocíamos desde la época en que trabajábamos con él. Presionó la estilográfica sobre la página en blanco y en ese momento parecía que empezaba a escribir la trama de Vlad en una línea que hojearíamos apenas se marchara.³⁹

Es decir: es la palabra la que otorga sentido a la realidad, y en eso concuerda con Salvador y sus disquisiciones acerca del estado de la sociedad. Y traigo a colación el relato de Valencia porque en él se distinguen las huellas de los conflictos contemporáneos, en un ámbito en el cual ya el individuo no está sujeto a las convenciones, ni la política es su centro, sino una vivencia escindida, algo que ya se prefiguraba en los cuentos de Salvador.

Los objetos se insertan en el contexto que he enunciado; allí se materializan y significan. Solos se quedarían inertes y desencajados. El cuento es un universo de plenitud en el que el lector ingresa y sale transformado, a veces por enormes realidades, otras por ínfimos detalles. Como bien lo expresa el escritor Santiago Páez en uno de sus ensayos: «Simplemente, nos debemos un momento de reposo y de silencio para dejar que en esa quietud nuestros artistas nos hablen con todos los matices de sus voces, que nos digan del mundo tanto desde la belleza como desde la verdad».⁴⁰

39. Leonardo Valencia, «La sangre de Kálister», en *B 39, antología de cuento latinoamericano*, Bogotá, Ediciones B, 2007, p. 352.

40. Quito, Paradiso Editores, 2008, p. 103.

Eso es precisamente lo que hay que buscar en los cuentos de Salvador, con la conciencia de que la verdad y la belleza son asuntos propios de cada escritor y que la aventura para el lector es descubrir esas características y disfrutarlas.

La mixtura de las características aquí señaladas evidencian que Humberto Salvador no era un narrador ingenuo y no pretendía realizar unos cuentos que se asemejaran a estampas de la ciudad de Quito, situación tan de moda en la actualidad, para quedar bien con todo el mundo. Tampoco, en su época, fue «políticamente correcto», porque se centró en la presentación de los temas y personajes que aparecen en sus cuentos. Posteriormente sí se decantó por escribir según la tendencia del momento y más tarde intentó sumergirse en un relato psicológico, pero esa es otra historia. Mas, uno de los propósitos que Salvador plasma en sus cuentos es, precisamente, contar una historia, desde una posición y un punto de vista particulares; y eso también le acerca al relato contemporáneo; por esa razón ha sido rescatado del olvido, y hoy leído con avidez, como siempre debió ser. ❁

Fecha de recepción: 18 marzo 2009

Fecha de aceptación: 29 abril 2009

Bibliografía

- Alonso, Fernando, comp., *El cine de Julián Marías*, vol. I, Madrid, Royal Books S. L., 1994.
- Fernández, María del Carmen, *El realismo abierto de Pablo Palacio en la encrucijada de los 30*, Quito, Libri Mundi, 1991.
- Páez, Santiago, *Itinerarios*, Quito, Paradiso Editores, 2008.
- Pólit Dueñas, Gabriela, comp., *Crítica literaria ecuatoriana*, Quito, FLACSO, 2001.
- Salvador, Humberto, *La navaja y otros cuentos*, Quito, Libresa, 1994.
- Secaira, Juan, *Obsesiones urbanas, ensayo crítico sobre la obra narrativa de Humberto Salvador*, Quito, El tábano, 2007.
- *B 39, antología de cuento latinoamericano*, Bogotá, Ediciones B, 2007.